



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Gran Premio a la Vida y Obra de un Periodista

Gerardo Reyes

Edición 44 - Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar

2019

Gracias a los miembros del jurado de este Premio Simón Bolívar por considerar el nombre de un periodista que sin vivir en su país lo lleva en casi todo lo que hace y extraña.

Pese a lo que ha ocurrido en los últimos días, me alegra estar aquí como testigo del resurgimiento en Colombia del derecho ciudadano a la protesta civilizada que fue literalmente sepultado durante décadas por quienes se equivocaron con las armas. Es un momento también de severa autocrítica para que los periodistas reconozcamos si en esa sensación de impotencia que lleva al ciudadano a las calles, va también la decepción con los medios que ignoraron sus quejas y aspiraciones, casi siempre en aras de no incomodar a quienes concentran el poder político y económico de este país.

Si para obtener el DNA intelectual de un periodista se pudieran hacer esos exámenes de moda que mapean la genética en una chispa de saliva, creo que puedo anticipar las imágenes, los rostros y las rutas que tendría el mío en una gota de tinta. Ahí encontraría al profesor de castellano Manuel Vargas que me confió irresponsablemente la dirección del periódico de tercero de bachillerato para escribir noticias y poesías impunes; las caminatas con mi mentor, el gran periodista Alberto Donadio, por las plazoletas de Polo Club cuando la ecología no estaba en el diccionario y él me comentaba los saqueos de fauna y el uso de pesticidas letales; y la marca indeleble de lo que aprendí y me divertí con Daniel Samper Pizano. Cuando tenía 22 años y combinaba la actuación teatral con un trabajo de medio tiempo en una fundación que investigaba a los congresistas, Daniel me invitó a trabajar en la Unidad Investigativa de El Tiempo; en ese examen de tinta, quedarán con seguridad reflejados los ocho años de trabajo y admiración junto a otro de los grandes, el periodista Daniel Coronell, a quien agradezco su respaldo incondicional al equipo de investigación que dirijo en Univisión; el aporte de Margarita Rabín y Tomás Ocaña, los compañeros de la sección que me enseñaron a hacer televisión; y la sangre nueva de Peniley Ramírez, Daily Camacaro y Juan Cooper, miembros del equipo en diferentes épocas. Sin duda habrá un registro de recuerdos

imborrables de las entretenidas charlas de periodismo, cine y política con Silvia Galvis; el rastro de las chivas que sacamos desde Miami de masacres y falsos positivos con el periodista más impertinente Gonzalo Guillén; la huella de las largas conversaciones con Fernán Martínez, que habla en crónica, y con Felipe López, director de Semana, cuando era asesor editorial y corresponsal de la Revista en los noventa. Quedarán marcados los cambios oportunistísimos de trinchera que me ofreció Isaac Lee, por quien aterricé en Univisión. Y por supuesto que en la impronta esta vez sí científicamente genética, saldría mi padre escéptico e irreverente que al final de sus días solo creía en sus hijos, y el perfil sereno de una madre con un infinito amor por la gente.

Gracias a mi esposa Ivonne que siempre espera y sobre todo a mi hijo Julián que sabe lo que me queda chueco o lo que me sale bien, y de vez en cuando me sorprende preguntándome minucias de crónicas que escribí hace más de 20 años.

A mis hermanos, Marisa, Lulú, Kico, Gabriel y Julio, les agradezco la solidaridad cuando me meto en líos.

Como lo recordé hace poco en mi reciente intervención en Bucaramanga para el Premio Silvia Galvis, al terminar de leer la exquisita biografía de Donadío y la unidad investigativa que escribió el periodista Juan Serrano, le comenté a Alberto que en esa historia me veía como un chino que se había colado en una carroza de una inauguración histórica: el primer equipo de investigación en América Latina.

Andaba entonces en motocicleta, el único vehículo al que podía aspirar con el sueldo del periódico, después de la buseta. En esa moto logré ubicar a un humilde oficinista que figuraba como beneficiario de un millonario préstamo ficticio del Banco del Estado, uno de los grandes escándalos publicados por el equipo.

Como un anticipo en el tiempo de la famosa caja dos de las coimas de Odebrecht, en 1986 tuve acceso a la contabilidad de los sobornos que pagó la multinacional de las comunicaciones Ericsson a funcionarios de Colombia, Bolivia, Venezuela y Perú para obtener contratos del gobierno.

La unidad investigativa original se disolvió. Yo tuve que apagar la luz. Me despedí en 1988 de mi último jefe inmediato Juan Manuel Santos para viajar a Miami a trabajar en El Nuevo Herald.

Miami es el paraíso del periodismo de investigación de América Latina, una ciudad conspirativa donde conviven empresarios exitosos de la región con prófugos que le apuestan a la prescripción o al olvido en lujosos apartamentos con vistas al mar comprados con los dividendos de sus fraudes.

Vivir en esta Casablanca y cubrir América Latina me ha dado la gran satisfacción profesional de combinar en malabares la investigación periodística, la crónica y la noticia contrareloj, primero en prensa y ahora en televisión. Y entre una y otra historia, sacar tiempo para reunirme con una mafia de colegas que han creado toda clase de asociaciones internacionales para reducir costos y riesgos en trabajos contra la corrupción globalizada. A muchos de ellos los conocí cuando los entrevisté para el manual de periodismo de investigación que publiqué en 1996. A propósito, hace unos tres años quedé conmovido cuando una profesora de la Patagonia argentina me pidió que le firmara uno de esos ejemplares amarillentos y desempastados que circulan todavía entre estudiantes de periodismo.

Desde Miami, poco a poco me fui volviendo testigo privilegiado de un tema que hoy tiene saturados a muchos y sin soluciones a todos: el narcotráfico. Los periodistas que cubrimos estas historias somos conscientes de la curiosidad voyerista de la audiencia por conocer esos mundos prohibidos en la frontera cada vez más tenue que separa las noticias de Netflix. Mi más genuina motivación para continuar en ese frente es que no conozco un fenómeno con una incidencia más grande y devastadora en la historia moderna de América Latina que el narcotráfico.

Hojeando una especie de egoteca en la que guardo artículos y honores, me encontré en desorden cronológico más de 30 años de historias con todas estas formas de lucha periodística fechadas en Bogotá, Buenos Aires, Managua, Caracas, Ciudad de México, Lima, Río y Santo Domingo. Del cartapacio saltó la historia del primer escándalo de corrupción del gobierno de Hugo Chávez que publiqué con una colega venezolana; al lado estaba la crónica de un ex narcotraficante paísa que se metió a monje trapense en una abadía de Georgia luego de donar su fortuna, y la colección de la serie “Fraude al Voto” por la que recibimos en 1999 el premio Pulitzer con un equipo de periodistas de The Miami Herald. En una portada del periódico releí la historia de amor de una empleada del servicio de Medellín y el jefe de la mafia italiana de Nueva York, Paul Castellano, quien la conquistó escribiéndole sus piropos en un traductor simultáneo.

En ese archivo encontré los recortes del proceso 8.000, los manejos oscuros del Banco del Pacífico, el increíble caso de un agente de la DEA que negoció un carro con un narco en Colombia, y la crónica que se convertiría en el libro *Nuestro Hombre en la DEA*. Es la historia de un fotógrafo de modelos bogotano que convenció a varios agentes federales y fiscales de Estados Unidos para hacer arreglos cuestionables de entrega de narcotraficantes previo el pago de dos millones de dólares por cabeza.

En fin, un álbum inconcluso que, como lo comentaba en México hace poco con mi admirada amiga María Teresa Ronderos, no le deja a uno otra opción que volver a confirmar la frase manida pero tan certera de que no hay mejor oficio en el mundo.

De alguna manera yo le debo varias de las primicias a la autocensura de otros medios. Algunos de las investigaciones surgieron de fuentes que viajaban a Miami luego de que la prensa local se negaba a atender sus denuncias. También me contactaban periodistas a quienes sus jefes les habían prohibido publicarlas. Prueba de que incomodábamos es que dos presidentes de Colombia llamaron al director de El Nuevo Herald para quejarse de historias que habíamos publicado con Guillén.

Para un corresponsal de América Latina no es difícil entender que el común denominador de muchas de las injusticias que cubre es la concentración de la riqueza, un tema desatendido, incómodo para muchos medios locales a la hora de ir más allá de las estadísticas y mencionar nombres y emporios. De esa carencia surgió la idea de dedicar más de tres años a reconstruir la biografía no autorizada del personaje con el que se bautizó este escenario. Fue una experiencia que repetí al dirigir la edición de Los Dueños de América Latina.

En 2011 ingresé en un terreno completamente desconocido para mí: la televisión, un medio exigente, histriónico, pero con una cobertura mucho más amplia que los impresos en los que había trabajado. Dirijo actualmente un equipo de investigación que ha recibido algunos de los premios aquí mencionados por informes como Rápido y Furioso, el fracaso de una operación encubierta de Estados Unidos que permitió que cientos de armas llegaran a manos de los carteles mexicanos. Con el equipo viajamos a Eslovenia para contar las mentiras académicas y los misterios migratorios de la primera dama Melania Trump.

No ha sido siempre fácil. El partido republicano boicoteó a la cadena de televisión porque nos atrevimos a preguntarle al senador Marco Rubio, para un perfil que preparábamos sobre él, cómo lo había afectado, cuando joven, la noticia de que la casa de su hermana y su cuñado había sido confiscada al descubrirse que era usada para almacenar grandes cantidades de cocaína del Cartel de Medellín.

En los últimos años el equipo ha participado en varias investigaciones globales. En 2016, el Consorcio Internacional de Periodistas Investigadores me pidió que tocara la puerta de una firma de abogados de Panamá para conocer la versión de quienes custodiaban el gran botín de los Panama Papers, y recientemente nos unimos a las publicaciones regionales del escándalo de Odebrecht.

Termino este selfie inmoderado con una reflexión sobre el oficio. Cuando vengo a Colombia me preguntan qué opino del periodismo de investigación en el país, y con

diferentes matices respondo que el problema no es lo que se está haciendo sino lo que se deja de hacer. Una y otra vez nos enteramos de que la autocensura de los medios por compromisos con los gobiernos, los anunciantes y los amigos, continúa dejando en el archivo de frustraciones de los periodistas muchas historias que no salen a la luz.

Esa situación ha obligado a varios periodistas a fundar portales independientes y a crear organizaciones que sobreviven con aportes de la filantropía internacional o de la solidaridad local. Varias de ellos están haciendo un gran trabajo que no es suficiente. Cualquiera que sea la envoltura, la idea es que bajo esta temible peste del trumpismo universal y de la falsedad oficializada, la opción es seguir siendo, como lo han demostrado ustedes en los trabajos premiados esta noche, fanáticos de la razón.